

Hugo Bouter

Verticales y rectas

Sobre las tablas del tabernáculo

«Y harás para el tabernáculo tablas de acacia que estén derechas.»

«Mira lo único que he hallado: que Dios hizo al hombre recto, pero este buscó muchas perversiones.»

Éxodo 26:15; Eclesiastés 7:29

Nuestra profunda caída en Adán

He aquí un detalle que nos da el libro del Éxodo con la descripción del tabernáculo: las tablas de la casa de Dios están en una posición vertical. El tabernáculo es un edificio del que podemos aprender mucho, ya que sus tablones nos hablan de la morada espiritual de Dios en los redimidos (Ef 2:22).

El hecho de que una persona camine erguida y mantenga esta posición, andando delante del rostro de Dios, la distingue de los animales que no tienen una relación personal con Él. Sin embargo, el hombre que no tiene en consideración a Dios puede comportarse como un animal irracional (Sal 73:22). Vemos un ejemplo de ello en la vida del rey Nabucodonosor, que fue expulsado de la sociedad de los seres humanos como castigo por su arrogancia y comió hierba siete años como ganado. Esto también es aplicable a las naciones: andan largo tiempo errantes sin conocer al Dios verdadero hasta que finalmente se convierten al Supremo y reconocen que el cielo las gobierna (Dn 4).

Dios creó al hombre rectamente, pero este se desvió con la caída, como dice el capítulo 3 del Génesis. El hombre ha caído delante de Dios. ¡Qué estragos causó su desliz! Tenemos en Lucas otro ejemplo en el relato de la mujer encorvada que no

podía mirar arriba ni dirigir su mirada al cielo. Así, la relación del hombre con Dios se ve perturbada por el poder del pecado y Satanás. Esta mujer andaba torcida en sujeción al mal, y era del todo incapaz de ponerse derecha. Pero después de la curación milagrosa del Señor Jesús, pudo enderezarse en el acto y glorificar a Dios (Lc 13:11-16). La conexión con el cielo se restauró.

Sobre la gravedad de la caída, Ger de Koning escribe en su comentario sobre el libro del Eclesiastés: «Después del juicio que hace de la raza humana, tras no hallar lo que buscaba al final del capítulo 7, el predicador añade algo que sí encontró. Desea llamar nuestra atención interpeándonos con su «mira» (v 29) y nos invita a ver lo que ha descubierto. Salomón llega hasta el foco de la ruina original: el pecado proviene de la caída y no de Dios, porque Él creó al hombre de manera recta. La culpa de la depravación general no recae en Dios, sino en la humanidad. Dios hizo recto al hombre, que tomó el camino equivocado. «Recto» no significa neutral, sino que define el estado de un corazón que es fiel y obediente. El hombre fue creado a imagen y semejanza divina, y cayó en el pecado (Gn 3:1-7; Ro 5:12). Él prefiere ignorarlo y por eso ha estado buscando excusas desde los tiempos de Adán. «Buscar» significa aquí «inventar». No hace falta que lo confiese, pero inventar excusas le sirve para dar la culpa a los demás, una práctica que comenzó justo después de la caída (Gn 3:12,13). En ocasiones existen problemas que son reconocidos, y se intenta darles solución mejorando el comportamiento humano mediante cursos de formación y similares. Pero de esta manera nunca llegan a resolverse y se ignora la solución de Dios para ellos: el don de su Hijo.»

Nuestra posición elevada en Cristo

Afortunadamente, y gracias a la redención de Cristo, Dios nos ha devuelto mucho más de lo que perdimos en Adán. El pecador redimido se ha convertido en un hijo de Dios y vive en una nueva relación en la que tiene a un Padre celestial. Ha recibido una nueva naturaleza por medio de su otro nacimiento y se ha vestido del nuevo hombre, creado según Dios con una justicia y santidad verdaderas (Ef 4:24). De este modo puede alzarse y caminar delante del santo rostro de Dios, y, junto con otros salvados, integrar la morada divina con el poder del Espíritu Santo (Dt 6:24-26).

Esto último lo vemos ilustrado en el tabernáculo, después en el templo, la morada de Dios en medio del Israel. Las tablas del tabernáculo tenían una longitud especial: diez codos de largo y un codo y medio de ancho. Medían unos cinco metros de alto y 75 cm de anchura. ¿Alguna vez has conocido a alguien que mida dos metros y medio? Puede que hayas oído hablar de estas personas, pero son una rareza.

Goliat, el cabecilla de los filisteos, medía más de tres metros (seis codos y un palmo). Es comprensible que nadie de los israelitas se atreviera a luchar con él. Aunque si supieras de alguien que midiese cinco metros de altura, ¡costaría creerlo!

Todo eso nos da una idea de la alta posición a la que es llevado el hombre que está en Cristo. Supongo que has leído los primeros tres capítulos de la Epístola a los Efesios. El lugar sublime del cristiano es el resultado del maravilloso poder de resurrección de Dios, como lo reflejan la resucitación de Cristo de entre los muertos y su glorificación a la derecha divina. Como personas nuevas, nos sentimos felices en Él y ocupamos un lugar de hijos y bebés ante el rostro de Dios. Esta posición sublime y ricamente bendecida en los lugares celestiales armoniza con la sabiduría múltiple de Dios y el propósito eterno que ideó en Cristo nuestro Señor (ver Efesios 1:3,12,17,23; 10:18-22; 3:2-12).

El hombre ha sido elevado en el Cristo resucitado como nunca lo fue. Pronto seremos como los ángeles de Dios en el cielo (Lc 20:35,36). Sí, y como redimidos somos todavía más importantes que ellos (1Co 6:3; Heb 1:4). Llevamos la ropa dorada de la justicia divina y de la gloria celestial del Señor Jesucristo: «Y a los que justificó, a estos también glorificó» (Ro 8:30). Las tablas del tabernáculo estaban bañadas de oro (Ex 26:29). Cada tabla se hallaba firmemente sujeta sobre los extremos de dos basas de plata, lo que nos habla del poder de la expiación y de nuestra posición inquebrantable en Cristo. Permanecemos firmes en el Señor incluso en las pruebas y las tentaciones.

De esta manera podemos ser edificados en la tierra junto con otros hijos de Dios como morada divina por el poder espiritual. Las tablas estaban bien unidas por sus cinco barras, que significan los dones especiales que Dios siempre ha dado a la Iglesia para que los santos sean perfeccionados y edificados (Ef 4:10-13). El Nuevo Testamento también habla del *vínculo* del amor, del *vínculo* de la perfección y de la paz (Ef 4:3; Col 3:14).

Oude Sporen 2019

